

Rafael Altamira, diagnósticos y respuestas en crisis políticas de la Restauración

JOSÉ FERRÁNDIZ LOZANO

Escuela universitaria de Relaciones Laborales de Elda
(Universidad de Alicante)

jose.ferrandiz@ua.es

Resumen

Desde la incertidumbre finisecular que marcó el tránsito del siglo XIX al XX, el catedrático universitario Rafael Altamira (1866 - 1951) mantuvo una preocupación intelectual que le convirtió en protagonista de debates sobre distintas crisis de la Restauración. En discursos y artículos difundía diagnósticos y alternativas, y libros como *Psicología del pueblo español* (1902), *La guerra actual y la opinión española* (1915) o *Ideario político* (1921) incluían respuestas a crisis políticas como las del 98 desde posiciones regeneracionistas, la de la disensión interna ante la Gran Guerra desde su actitud aliadófila, aunque comprensiva con la neutralidad española, o la motivada por los conflictos de 1917, en los que detectaba riesgo de un porvenir “lleno de peligros”. Su posición crítica iba acompañada de propuestas de internacionalización, pacifismo, educación e invocación de un nuevo liberalismo de “exigencias modernas”.

Ponente

Profesor asociado de Ciencia Política en la Escuela universitaria de Relaciones Laborales de Elda (Universidad de Alicante), ha sido director del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, de la Diputación de Alicante. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología con Premio Extraordinario por la UNED, becado por el Congreso de los Diputados. Premio AECPA 2011 por el libro *Azorín, testigo parlamentario* y Premio internacional de Periodismo Miguel Hernández.

Palabras clave

Restauración, crisis política, regeneracionismo, pacifismo, internacionalismo

La incertidumbre finisecular que marcó el tránsito del siglo XIX al XX, avivada tras el Desastre del 98, la posición de neutralidad española ante la Gran Guerra donde se dirimía la reordenación internacional de Europa y los conflictos de 1917 en los que confluyeron las reivindicaciones de las Juntas militares, la huelga general y la Asamblea de parlamentarios convocada en Barcelona como sucesos de controversia e inestabilidad del régimen de la Restauración, excitaron a la sociedad política, intelectual y periodística española con la concurrencia de no pocos protagonistas. Y Rafael Altamira Crevea (Alicante, 1866 – México, 1951), catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo desde 1897 a 1914 y catedrático después de Historia de Instituciones políticas y civiles de América en la Universidad Central de Madrid, fue uno de ellos. La división de posturas que surgió ante cada una de estas crisis internas tuvo en él a uno de sus asiduos.

Altamira no solo vivió su implicación en estas polémicas desde el ámbito académico porque se consideró también un hombre de acción capaz de salir del espacio intelectual del pensamiento para participar personalmente en iniciativas y políticas en cualquier medio que facilitaran su resonancia. En los años de la Restauración intervino en la política activa con su gira por América de 1909-1910, con sus discursos que querían ser influyentes en cualquier sede a la que se le invitara e incluso con el ejercicio de cargos públicos, especialmente por su condición de director general de Primera Enseñanza de 1911 a 1913 y por su concurso como senador a partir de 1916, un año después de ingresar en uno de los partidos dinásticos, el liberal del conde de Romanones. Su escaño como representante de la Universidad de Valencia, a la que le ligaba su paso joven en juventud como estudiante de Derecho, lo mantuvo en todos los periodos siguientes hasta que el golpe de Primo de Rivera dio por cerradas las Cortes constitucionales. En definitiva, su perfil múltiple de historiador, jurista, pedagogo, pensador político e incluso de creador y crítico literario provocó su concurrencia en escenarios variados, con análisis razonados y pretendidamente objetivos pero que no ocultaban del todo su finalidad política e ideológica. Ese afán de opinión sobre la actualidad, con pretensión siempre educativa en su caso, le llevó a aportar juicios sobre las crisis mencionadas, valiéndose de enfoques multidisciplinares con los que enriquecía el debate.

Desde su irrupción intelectual en el fin de siglo como miembro krausista influido por Eduardo Soler, su profesor de Derecho Político en la Universidad de Valencia, y con la suma de su firma a la nómina extensa de autores regeneracionistas que reaccionaron a la evolución decadente de España, percibida en las últimas décadas del siglo XIX pero agitada con contundencia por la liquidación colonial de 1898 tras la pérdida de la guerra de Cuba ante Estados Unidos y la consiguiente claudicación en el Tratado de París con la cesión además Filipinas, Puerto Rico y Guam, Altamira fue diseñándose su lugar en la discusión política con varios textos -especialmente su discurso de inauguración del curso 1898-1899 en la Universidad de Oviedo y dos ensayos en la revista *La España Moderna*- que le conducirían, una vez reunidos, a

presentarse en sociedad con la etiqueta regeneracionista al publicar su libro *Psicología del pueblo español* de 1902¹.

Eran años en los que mantenía una fluida relación con Joaquín Costa, de la que es testimonio impagable el epistolario entre ambos², y también el tiempo inicial de acercamiento al americanismo abierto en España por Rafael María de Labra, evidencia en el pensamiento político de Altamira que le convertiría en uno de los ideólogos del hispanoamericanismo como reacción al desapego, y a veces hostilidad, de los antiguos territorios españoles que habían ido consumando sus procesos de independencia en el siglo XIX³.

Altamira lidiaba con ímpetu en este terreno contra la hispanofobia surgida en América, pero también con la leyenda negra sobre España sembrada por otros países coloniales europeos. Ese americanismo, en principio ligado al proyecto de conciliación académica hispanoamericana emprendido por la Universidad de Oviedo, es el que le llevó, tras su paso por la Dirección general de Primera Enseñanza, a la cátedra de nueva creación de Historia de Instituciones políticas y civiles de América en la Universidad Central de Madrid, en un programa de doctorado común de Derecho y Filosofía y Letras para formar un alumnado que pudiese influir en el futuro desde puestos políticos o diplomáticos en la causa del entendimiento hispanoamericano.

Todo ese itinerario de vocación internacional avanzaría después por nuevos caminos a partir de sus ideas pacifistas, que comenzaron a comparecer públicamente con compromiso intelectual, y también jurídico, durante la Gran Guerra europea, sobre todo tras prestar atención al movimiento del Consejo holandés que para combatir la guerra se fundó en 1914; un movimiento al que consideró como el núcleo principal para construir ese nuevo pacifismo y que aspiraba a que se creara una organización internacional de enemigos del belicismo. Su pensamiento y actividad profesional en esta etapa, sin dejar de atender debates y crisis nacionales, abrió una orientación añadida en su obra hacia un internacionalismo que le colocaría después en el centro neurálgico de la creación del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya, brazo judicial de la Sociedad de Naciones para el que fue designado en 1921 como uno de sus once primeros jueces.

No hay duda de que cualquier lugar -desde la docencia a la tribuna, desde el papel en revistas y periódicos al de los libros, desde el cultivo de relaciones al ejercicio de un cargo público- era para Altamira propicio para transmitir sus ideas, razonamientos y propuestas, pero también para la acción, ya fueran sus destinatarios alumnos, lectores, oyentes, colegas, diplomáticos, políticos en activo, e incluso un rey. Su personalidad, por otra parte, asumía una autoridad intelectual que igual la reafirmaba en trabajosos y largos proyectos que igual le permitía poner distancia con otros, si las condiciones no se ajustaban a sus principios. Su célebre viaje por América, de meses de duración, fue un ejemplo de su capacidad de implicación con las ideas en que creía. Pasó por Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Cuba, México y Estados Unidos, pronunció unas trescientas conferencias, concurrió a encuentros oficiales y universitarios, a entrevistas con colectivos de emigrantes españoles, a recepciones⁴. Pero en otras circunstancias se sentía capaz de renunciar. Su paso por la Dirección general de Primera Enseñanza lo

¹ Altamira, Rafael. 1902. *Psicología del pueblo español*. Barcelona: Imprenta de Heinrich y Cía.

² Cheyne, G.J.G. 1002. *El renacimiento ideal; epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

³ Ferrandiz Lozano, José. 2011. "Rafael Altamira, ideólogo del hispanoamericanismo", *X Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración*. Disponible en web: <https://www.aecpa.es/es-es/rafael-altamira-ideologo-del-hispanoamericanismo/congress-papers/372/> [Consulta: 2 de julio de 2021]

⁴ La crónica detallada de su viaje ya la recogió en su libro Altamira, Rafael. 1911. *Mi viaje a América (libro de documentos)*. Madrid, Librería general de Victoriano Suárez.

cerró con su dimisión al no aceptar que se separara de su jurisdicción el control de la enseñanza en la capital madrileña, decisión que se tomó sin consultarle, y percibir la dificultosa relación entre un perfil técnico como el suyo con un perfil político⁵.

Pero vayamos por partes con el fin de analizar su posición ante esas tres crisis de la Restauración provocadas por el 98, la Gran Guerra y los conflictos de 1917. En un intelectual que siendo docente universitario no se confinaba en su trabajo en las aulas y terciaba en polémicas, no extrañaba su exposición pública. Inmerso en la actualidad política que le tocó vivir, su participación en cuantas controversias se abrían era inmediata, sincronizada con los hechos, contribuyendo con una visión reflexiva de cada aspecto tratado. Por eso determinados libros, donde en buena parte recopilaba textos adelantados en otros medios, recogieron sus posiciones y son hoy además una fuente bibliográfica sobre los acontecimientos y sobre el ideario del propio Altamira.

Tres títulos interesan especialmente por su acercamiento a las crisis citadas. Como uno de los exponentes destacados, en primer lugar, de la copiosa literatura regeneracionista hay que señalar, en su reacción al Desastre del 98 y al momento de decadencia nacional, su *Psicología del pueblo español*. Aunque publicado en 1902, fue iniciado cuatro años, detalle a subraya su irrupción regeneracionista con el discurso “El patriotismo y la Universidad” en la apertura del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, pieza que pasaría a formar parte del libro.

Pero *Psicología del pueblo español* no fue una obra que quedó fosilizada en su año de publicación en libro porque Altamira la retomó después para ampliarla, y ofreció una nueva edición en 1917⁶. Los otros dos libros centrados en las crisis posteriores fueron *La guerra actual y la opinión española* de 1915, temprana inmersión a la búsqueda de motivos que conciliaran la neutralidad oficial española con su voz personal aliadófila, e *Ideario político*, que a pesar de ser editado en 1921 recogía en sus páginas escritos de los años inmediatamente anteriores⁷.

Los tres textos han contado además con atención investigadora desde finales del siglo XX, sobre todo por la coincidencia entonces con el centenario del 98, a la actualidad. Han sido aproximaciones que, bien en artículos especializados o bien como acompañamiento a nuevas reediciones, han revisado su lectura tratando de entender cada obra en sus contexto histórico y político, y también la respuesta distinta de Altamira al darse cada una de estas aportaciones en momentos distintos de su trayectoria, de ahí que encontramos sucesivamente una respuesta regeneracionista ante la primera crisis, otra internacionalista, pacifista, en la segunda y una formulación liberal en la tercera⁸.

Entrando en sus contenidos, hay que convenir que la literatura política de Rafael Altamira fue en buena parte nacionalista. Su preocupación por España era una reacción a su decadencia en muchos aspectos, no solo en el colonial. Para el autor estaba en crisis la nación, de ahí que se entienda que su regeneracionismo no siguiera la corriente pesimista y optara en cambio por propuestas optimistas que llevaran a una recuperación posible si se excitaba esa psicología española. Curiosamente no acaba de encuadrar esta

⁵ Ayala, María A. 2006. *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar*. Murcia: Cuadernos de América sin nombre: 110.

⁶ Altamira, Rafael, *Psicología del pueblo español*. 1917. Barcelona: Minerva.

⁷ Altamira, Rafael. 1915. *La guerra actual y la opinión española*. Barcelona: Araluce; Altamira, Rafael. 1921. *Ideario político*. Valencia: Prometeo.

⁸ Rafael Altamira. 1997. *Psicología del pueblo español*, int. Rafael Asín. Madrid: Biblioteca Nueva; Ferrándiz Lozano, José. 2012. “Regeneracionismo y nacionalismo en *Psicología del pueblo español*”, *Canelobre*, 59: 118-131; Altamira Crevea, Rafael. 2014. *La guerra actual y la opinión española*, int. Yolanda Gamarra. Pamplona: Analecta; Altamira, Rafael. 2001. *Ideario político*, int. José Luis Villacañas. Valencia: Biblioteca Valenciana.

en la primera edición, carencia que él mismo reconoció en el prólogo a la segunda edición de 1917. Del mismo modo, su americanismo -que ya comparecía en este libro- tenía como finalidad entonces, confirmada después, la lucha pertinaz, también de sentido nacional, para que no se perdiera el legado de España en América y se aceptara su aportación positiva -ponía énfasis en la lengua, en la obra civilizadora con la creación de instituciones y ciudades, en la plasmación de un Derecho Indiano enraizado en el pasado genuino continental que evitara la imposición total del derecho de la metrópoli-; también para combatir las leyendas que circulaban y desprestigiaban el colonialismo español, con un resaltado por parte de sus impugnadores de la violencia invasora y del expolio. Podríamos decir, además, que la preocupación por la nación no desapareció con las crisis posteriores, aunque se modificaran las emergencias.

De hecho, si la regeneración se debía conseguir para Altamira desde el mundo de la educación, durante la Gran Guerra el eje de su campaña era que el papel internacional limitado que jugaba o podía jugar España -en el fondo una consecuencia de su propia decadencia y de su débil papel exterior, sin poder decisorio-, expresándolo con opiniones pragmáticas. En 1917, en cambio, para las reformas necesarias del régimen invocaba el protagonismo de un partido liberal renovado y modernizado que no era exactamente el que veía en España. Y solo en los años veinte se vio desarrollando un pensamiento verdaderamente internacionalista, más allá de las fronteras internas españolas, si bien esta predisposición e interés ya había calado en él años antes.

Siguiendo la evolución cronológica, la primera crisis en la que Altamira tuvo voz, la del 98, encontró con *Psicología del pueblo español* su producción más conocida, por la que se le suma al clamor regeneracionista que reaccionaba contra un sistema viciado en el que la práctica democrática, falseada por las oligarquías gobernantes, escamoteaba la letra de la Constitución y evitaba la participación libre de las masas, lo que había convertido al país, según el discurso insistente, en un Estado atrasado social, política y económicamente; incluso corrupto y con dirigentes públicos de perfil bajo⁹.

Lo que aportó Altamira fue una posición también crítica, pero huyendo del tono arbitrista en las soluciones, que eran frecuentes en otros autores. Su ensayo, compuesto mayormente por el discurso ya aludido de la Universidad de Oviedo y por dos ensayos publicados en *La España Moderna*, material luego revisado y ampliado para preparar la versión en libro, tenía desde luego un trasfondo nacionalista alto, explicable en alguien que había estado traduciendo y publicando en español los discursos a la nación alemana de Fichte. Las catorce intervenciones de este filósofo, pronunciadas en Berlín desde diciembre de 1807 a marzo de 1808, pretendieron ser una especie de arenga a los germanos para que tomaran conciencia de su carácter común como pueblo ante la ocupación napoleónica, pretexto que servía a Fichte para promover una excitación nacionalista en un pueblo que no estaba constituido en Estado propio. Análogamente Altamira, interesado en este aporte político, creía ver un paralelismo en el Desastre del 98 como pretexto también de excitación nacional, aunque España era un Estado y no presentaba un caso similar. Sin embargo, si observaba una crisis de la nación en el desánimo que suponía verla en decadencia, coincidiendo con la aparición de nacionalismos internos que vertían acusaciones de fracaso estatal, sintiéndose ajenos de toda responsabilidad sobre el ambiente político generado.

Altamira, pues, indagaba en la esencia nacional de los españoles, buscando esa psicología colectiva del pueblo que le sirvió para titular su ensayo. Para él no bastaba un territorio habitado por personas para constituir o entrever una nación: para definirla se

⁹ Ferrándiz Lozano, José. 2013. "Regeneracionismo y Generación del 98", en Menéndez Alzadora, Manuel y Antonio Robles Egea, *Pensamiento político en la España contemporánea*. Madrid: Trotta: 313-346.

necesitaba en su opinión un tercer elemento, se necesitaba una forma de ser compartida, aspecto imprescindible porque era en esa fuerza interior del pueblo en la que confiaba realmente para la regeneración política. De ahí que se aprecien algunas diferencias con otros teóricos del nacionalismo, como Renan, convencido Altamira además de que esta psicología colectiva no debía formar una minoría sino la masa.

Abordando el problema con esas premisas, la educación del pueblo era la base de cualquier transformación, y ahí es donde detectaba la insuficiencia española y hallaba las causas de la falta de implicación popular. En el punto en que se hallaba España, le parecía urgente despertar a la masa excitando su nacionalismo, logro que requería un trabajo previo para que esta conociese y comprendiese la Historia propia. La regeneración podía acometerse, a su parecer, con la aceptación y reconocimiento de que todo pueblo está formado por varios pueblos. Pero curiosamente no exaltaba la diversidad interna sino la conveniencia de que la verdadera educación democrática consistiera en reducir las diferencias para homogeneizar la cultura e ideal de vida en el cuerpo social hasta donde fuese posible. “Una educación que solo se propusiese crear una minoría privilegiada –añadía–, no fundaría nada sólido”. Para ese propósito popular entendía precisa, eso sí, la participación de la élite intelectual como conductora del proyecto educativo nacional.

Este pensamiento chocaba, pues, con las ideas identitarias que se venían desarrollando en Cataluña y País Vasco y se colocaba en un plano de vindicación de la nación española, lo que explica por qué Altamira no percibía útiles para el empeño regenerador a los nacionalismos periféricos, ya que aseguraba que la unidad era inviable si se realizaba desde las diferencias y no desde los puntos de encuentro. Es curioso el parecido de esta creencia con la contundencia con la que también la exponía Fichte en el primero de sus discursos: “Es simplemente el rasgo esencial de la germanidad lo que podrá librarnos de la ruina de nuestra nación”¹⁰. Y como el alemán, Altamira coincidía en ver en la educación el lugar sensible para formar el sentimiento nacional.

Seguidor y colaborador de Joaquín Costa en algunos proyectos –participó con un grupo de profesores de la Universidad de Oviedo en la encuesta distribuida por el aragonés para su icónico estudio *Oligarquía y caciquismo*, así como en el plan costista de investigar el derecho consuetudinario español, cumpliendo con la redacción de una memoria sobre el de Alicante premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1903¹¹–, Altamira tenía su otro contacto preferencial en Unamuno y leyó con mucho interés sus ensayos de *En torno al caciquismo*, a sabiendas de que guardaba una relación intelectual al ocuparse el profesor de Salamanca de un “alma” nacional. Por eso los epistolarios con Costa y Unamuno contienen interesantes informaciones sobre *Psicología del pueblo español*. El libro de Altamira contenía, desde luego, muchas más propuestas, pero su implicación nacionalista era la que las guiaba, sobre todo con sus impugnaciones a un pensamiento extranjero y a la hispanofobia, en su esfuerzo de desmentir la leyenda negra tejida sobre España. Y a Unamuno se lo confesó por carta, lo cual es una buena apreciación para el conocimiento de los motivos por los que Altamira terciaba ante esta crisis del país.

Lo que yo me propuse, y lo que me importaba para mi objeto era: 1º, demostrar que la psicología de nuestro pueblo está por estudiar y que, por tanto, carecen de valor científico todas esas sentencias firmes tan comunes en los extranjeros, sobre todo, cuando hablan de España; 2º, que, en lo que puede afirmarse,

¹⁰ Fichte, J. Gottlieb. 1977. *Discursos a la nación alemana*. Madrid: Editoria Nacional: 68..

¹¹ Rafael Altamira y Crevea, *Derecho consuetudinario y Economía popular de la provincia de Alicante*, Madrid, Imp. Asilo de Huérfanos S. C. de Jesús, 1905.

aparecen desmentidas muchas de las calumnias o de las ligerezas que los hispanófobos y los progresistas y los tradicionalistas han propalado y sostienen con el aplomo mayor del mundo; 3º, que no hay razón constitucional o de raza para creernos irredimibles o para restaurar nuestra cultura de otros tiempos, trabajando como trabajábamos antes, pero a la moderna¹².

No era esta, esbozada en la intimidad de la correspondencia, la única confesión del propósito del libro, pues en el prólogo a su primera edición, al referirse a que lo escribió en el “terrible verano” de 1898, revelaba su intención de origen: “Lo que yo soñaba era nuestra regeneración interior, la corrección de nuestras faltas, el esfuerzo vigoroso que había de sacarnos de la honda decadencia nacional, vista y acusada, hacía ya tiempo, por muchos de nuestros pensadores y políticos, negada por los patrioterros y egoístas”. Cuatro años después del 98 aseveraba que la situación interior no había cambiado, o al menos no estaba mejorada. Y es más: incluso dejaba caer que si alguna modificación podía notarse sobre “el alma nacional” era de retroceso. Su desencanto se extendía al estar convencido de que la masa, a pesar de todo el ambiente, seguía “pasiva”, mirando cómo luchaban “los pocos” que tenían arranques. Por eso introducía desde el principio de su libro el nombre del Fichte en la parte adaptable a España. Le parecía muy procedente su mención de que la nación alemana estaba por educar admitiendo que tenía excelentes condiciones naturales. “Luego todo consiste en aplicarle una buena educación para que esas condiciones fructifiquen”, citaba Altamira del alemán. Aplicar este mismo razonamiento a España era su principal deseo.

No hay duda de que *Psicología del pueblo español* fue un libro que quedó latente en el ánimo y reflexión de su autor, como demuestra el hecho de que volviera a él para preparar una segunda edición, ampliada, en 1917. Y es de nuevo en el prólogo a esta donde trataba de precisar diferencias, admitiendo que el contexto era distinto. Ahora quería ser más explícito sobre cuál fue en 1902 su respuesta a la crisis:

Me propuse en él combatir a los dos enemigos que, a mi juicio, actuaban entonces contra la posibilidad de un esfuerzo de nuestra parte para vencer defectos y errores (causa de nuestra decadencia circunstancial), y contra la restauración del prestigio español en el mundo. Estos dos enemigos estaban en nosotros, aún más que en la opinión ajena. Uno de ellos era aquel pesimismo a que me referí antes; otro la falta de solidaridad nacional manifiesta en las discusiones sobre el concepto de patria.

La ocasión la aprovechó también para identificar toda su obra nacionalista, no solo el libro regeneracionista sino los que iba publicando sobre su americanismo, con la misma intencionalidad. Aunque el contexto del país resultaba ser distinto, en ciertos aspectos políticos insistía en que los dos enemigos de España no habían desaparecido: ni la hispanofobia ni la ignorancia sobre el pasado propio, y que por ello el libro volvía a ser tan necesario en la fecha de su reedición como en la de su primera aparición. Su enfoque nacionalista quedaba contundentemente resumido en una frase: “Por España lo escribí; pensando en España lo imprimo”.

Pero a la altura de 1917 Altamira tenía emprendidas otras líneas de interés: desde el americanismo, cada vez más presente e insistente, a la preocupación por el estallido de la Gran Guerra europea. La crisis internacional que el conflicto suponía fue seguida también por él como una crisis nacional, debido a la situación de neutralidad oficial decretada por el gobierno, seguida por los siguientes y animada además por el

¹² Martínez Cachero, Jose M. 2001. “Epistolario Rafael Altamira-Miguel de Unamuno (1896-1934)”, *Salina: revista de lletres*, 15: 267-295.

debate interior marcado por las simpatías por los bandos beligerantes, entrando en discusión los gemanófilos y los alidófilos.

Altamira fue comprensivo con la opción de neutralidad asumida por España. Su posición era realista. El país no estaba en condiciones de convertirse en beligerante. Ni el estado de su Hacienda lo permitía por juzgarlo “comprometido”, ni el “novísimo renacer” de una economía nacional lo aconsejaba, ni la implicación del ejército en Marruecos, donde estaba retenido el mayor número de efectivos, era tampoco un punto favorable. Se trataba de tres motivos para él “fundamentales y de gran peso” que le provocaban una vacilación normal, a pesar de su identificación aliadófila. Ante las distintas críticas exteriores por la no entrada en guerra de España, Altamira no dudaba en afirmar que “nuestra conclusión no era la de que no queríamos, sino la de que no podíamos y, por ello, no debíamos”.

El libro *La guerra actual y la opinión pública española*, al ser editado en 1915, era temprano y se centraba en los primeros efectos que tuvo en su pensamiento la guerra. No recogía todos sus escritos sobre el conflicto porque siguió refiriéndose a su evolución posteriormente, incluyendo textos en el más tardío *Ideario político*, de 1921. Pero la primera de estas dos obras sí afianzaba a un Altamira que, aun decantándose por el deseo de que vencieran los países aliados por representar la defensa de un sistema demócrata y liberal frente al militarismo que representaba Alemania, se esforzaba en difundir sus ideales de pacifismo. “El pacifista desearía siempre que no hubiese guerra; votará siempre por la neutralidad de su país, si no ha sido ya arrastrado inicialmente a la lucha”, decía.

Esta idea, junto a la conveniencia de que España aprovechara su neutralidad durante el conflicto para postularse, una vez finalizara este, como nación que protagonizara con otras el mantenimiento del ideal de paz, fue adquiriendo consistencia en sus escritos y comparencias, y no ocultó que se fundaban en una opinión “principalmente liberal”. Al presentar su repertorio de escritos recogidos en el libro, también desvelaba que con ellos pretendía “excitar a sus compatriotas a favor de aquel concurso que estima hacedero y práctico en las actuales gestiones pacifistas”.

Rafael Altamira, que sería uno de los componentes de aquella misión española que se desplazó a Francia –a París, Toulouse y Burdeos, y a los frentes de Reims y Verdún– para dar fe de su adicción aliadófila junto a Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro o Manuel Azaña, germen del posterior Comité de Aproximación franco-española que se crearía en 1916, escribió con este libro, en opinión de la profesora Yolanda Gamarra, que lo ha abordado con profundidad, en uno de los testimonios que reflejaban la inquietud social y política que existía ante la fragilidad de la paz en Europa¹³.

Ciertamente ese era el diagnóstico del catedrático, consciente de la desconexión internacional de España. El encauzamiento del país hacia la realidad exterior lo anhelaba, en cambio, a partir de su postura realista de neutralidad. En el libro hablaba de pacifismo, pero también de cómo se debatía en la opinión española la división entre los dos bandos. Ponderaba Altamira su afinidad a Inglaterra y a Francia, especialmente, pero desplegando su objetividad al destacar que su predilección no significaba una falta de reconocimiento a la cultura alemana. Los liberales, afirmaba, eran en buena parte hijos espirituales de Alemania en filosofía, ciencias jurídicas, pedagogía, historia, lingüística, disciplinas experimentales y médicas, a pesar de lo que en algunas de estas materias debían también a Inglaterra a Francia. “Ninguno quiere el aniquilamiento de Alemania”, concluía. Por eso la dificultad de elección podía ser grande si se atendía a

¹³ Gamarra, Yolanda. 2014. “Rafael Altamira y Crevea (1866-1951), un divulgador del pacifismo” (int.), en Rafael Altamira, *La guerra actual y la opinión pública española*. Pamplona, Analecta.

ese legado cultural, pero no podía ignorarse, apuntaba, que los liberales eran igualmente “hijos del Derecho y las libertades que Francia e Inglaterra les ensaaron”.

Esa visión la resumía muy bien en un párrafo donde la división de sentimientos culturales no se daba cuando la comprensión era puramente política.

El sentido de la libertad inglesa, tan respetuosa de la personalidad individual y que en su juego interno es base de una disciplina superior a la engendrada por los más tupidos reglamentos y las más complejas garantías exteriores; el humanitarismo de las grandes enseñanzas políticas francesas, en que se han engendrado muchas ventajas del vivir moderno continental, no obstante sus errores y sus fracasos, inferiores a sus aciertos; la dirección fundamental de los adelantos que, a pesar de las exageraciones y los extravíos, se cumplen en el orden de la práctica del derecho de ambos países, nos parecen más apetecibles que la subordinación a un Estado erigido en amo y director de todo movimiento y cuyo timón, lleva un hombre¹⁴.

En este párrafo se impone el Altamira liberal.

Pero a la par de la guerra, lo que cimentó en estos años fue una carrera que le colocaría en otros derroteros futuros, orientada al logro de un derecho internacional pacifista que, en su caso, le facilitaría colaborar en el origen de la Sociedad de Naciones y se consumaría con su nombramiento en 1921 como juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya. Una oportunidad que le puso en el escenario de las preocupaciones globales, partiendo de la base asumida por él de que el derecho internacional no era europeo sino universal¹⁵.

El testimonio de Altamira sobre la Gran Guerra tendría complemento también en escritos posteriores a 1915, algunos recogidos en *Ideario político*, pero este era un libro para conocer también otros aspectos de su pensamiento en la época y visión de otras crisis, como la de los conflictos de 1917, a pesar de que sus páginas eran más amplias y recogían textos desde 1900. El año en que concurrieron las reivindicaciones de las Juntas militares, el pulso de la Asamblea de parlamentarios convocada en Barcelona que pedía unas cortes constituyentes y la huelga obrera de agosto, fue advertido por Altamira –militante al fin y al cabo de un partido dinástico– como especialmente sensible, hasta el punto de señalar que se estaba en “plena revolución”. Nada estaba desconectado, en su idea, de las crisis españolas anteriores ni mucho menos de la que procedía del fin de siglo, pero en 1917, año en que todavía se dirimía la Gran Guerra y en España se producían estas agitaciones internas desde distintos espacios ideológicos que esperaban una respuesta del Estado a sus propuestas de cambio.

La falta de flexibilidad y la resistencia al cambio de los poderes instituidos forzaban las demandas, y ante esa situación y su tratamiento sentía cierta preocupación Altamira. Por ello formulaba una pregunta: ¿qué pasaría si triunfaba la revolución española que notaba que se estaba incubando? Deseaba que se la formularan sobre todo quienes podían corregir los defectos de la vida política, tanto en la gobernación interna como en la proyección exterior. Y lo hacía por un motivo: lo peor era perder la ilusión. En cierto modo, Altamira sugería esa retroalimentación necesaria –una cuestión que nos hace pensar mucho en la noción de sistema político de David Easton– para contrarrestar la revolución, que con su energía podía ser capaz de arrollar obstáculos que se le opusieran.

¹⁴ Altamira, Rafael. 2014. *La guerra actual y la opinión pública española*. Pamplona, Analecta: 46.

¹⁵ Gamarra, Yolanda. 2012. “De la conciencia jurídica del mundo civilizado. Rafael Altamira como juez internacional”, *Canelobre*, 59: 55-67.

La interferencia de las Juntas militares vetando personas para el gobierno la interpretaba como una grave amenaza desde los poderes no políticos que, sin embargo, resultaban eficaces en sus intenciones. Por eso no eludía la acusación de advertir que en las Juntas militares residían los viejos poderes y la vieja política. Con la Asamblea de parlamentarios convocada en Barcelona en julio, a la que asistieron unos setenta diputados y senadores, observaba un pulso al orden institucional establecido, pero era una iniciativa que no debían ignorar los poderes públicos por sus posibles consecuencias.

Sin embargo, no vio el mismo peligro de ruptura social y política con la huelga obrera. El motivo era la falta de solidaridad o seguimiento masivo, al no verse la economía española en una situación de hambre generalizada. “De haber existido hambre, la huelga general no hubiese terminado como terminó”, concluía. “Más que las ametralladoras, acabó con ella la indiferencia de la mayoría de la opinión, que no se sentía molesta por el estado económico de las cosas”. Desde este punto de vista, Altamira podía creer que la suerte estaba echada, y entendió que la crisis que provocaba la huelga se contrarrestara, desenlace que podría haber sido distinto estar extendidos los problemas económicos. “Un pueblo hambriento –advertía– tiene más fuerza en su desesperación que todas las artillerías juntas”¹⁶.

Pero sin duda Altamira era, en sí mismo, un intelectual que también pedía innovación y que el régimen se reformara. El que no compartiera los procedimientos seguidos por los protagonistas de 1917 no le dibuja como inmovilista. Muy al contrario, la reforma de la política española la creyó siempre necesaria, desde su irrupción regeneracionista. Y no es extraño que incluyera como autocrítica la necesidad de actualización de su propio partido. En unos momentos en que se pronosticaba por parte de muchos “un porvenir lleno de peligros”, pensado mayormente en la inestabilidad social provocada por la política, su respuesta era la de que el liberalismo español debía modernizarse y no quedarse anclado, condescendiente con los vicios e inercias de la vida política del país. Ese liberalismo es el que podría formular sin dificultades un programa, concluyendo Altamira que sería el primer programa liberal desde 1888 “acomodado a las exigencias modernas y problemas actuales”. Lo decía con todo pragmatismo, pues llegaba a la creencia de que cualquier convulsión podría revivir en España “por la falta de una política liberal en la gobernación de los partidos dinásticos”.

En definitiva, la intervención de Rafael Altamira en distintas crisis de la Restauración, y su amplitud en la participación política del país, le perfilaba como un protagonista que combinaba los dos campos políticos del pensamiento y la acción, lo cual le situaba en un espacio más allá de la literatura política. Fue tan consciente de ello que él mismo lo confesó en la explicación preliminar de *Ideario político*:

Una gran parte de mi actividad como escritor (especialmente como periodista) se viene aplicando, desde hace muchos años, a los asuntos políticos, interiores e internacionales; y que estos últimos, en su aspecto americano y en otros que pertenecen a nuestras relaciones europeas y, recientemente, a las cuestiones planteadas por la paz y por la Sociedad de Naciones, me vienen ocupando no poco, en forma no sólo teórica, sino práctica y de intervención personal¹⁷.

¹⁶ Altamira, Rafael. 2001. *Ideario político*. Valencia: Biblioteca Valenciana: 86.

¹⁷ *Ibid.*: 21.